

Félix Rozanski. Un bibliotecario polaco en la Real de El Escorial entre 1875 y 1884

**Félix Rozanski. A Polish librarian in the Royal Library of San Lorenzo de El Escorial,
between 1875 and 1884**

Gabriela MAKOWIECKA

Transcripción: Ángeles GAVELA AGUSTIN

Edición: Mercedes CABELLO MARTÍN

Recibido: 23 de septiembre de 2019

Aceptado: 24 de septiembre de 2019

RESUMEN:

Artículo inédito de Gabriela Makowiecka, escrito en 1988, acerca del sacerdote y erudito polaco Félix Rozanski, que ocupó la plaza de bibliotecario en la Real Biblioteca de El Escorial entre los años 1875 y 1884.

Palabras clave:

Félix Rozanski; Real Biblioteca de El Escorial

ABSTRACT:

Unpublished paper, written in 1988 by Gabriela Makowiecka, about the Polish priest and scholar Felix Rozanski, who was librarian at the Royal Library of El Escorial between 1875 and 1884.

Key words:

Félix Rozanski; Royal Library of San Lorenzo de El Escorial.

INTRODUCCIÓN: MÁS DE 30 AÑOS DESPUÉS

Publicamos en este número de enero de 2020 de *Pecia Complutense* un artículo inédito escrito por Gabriela Makowiecka en 1988. Como ella misma indica en la Conclusión, “exactamente cien años” después de que el padre Félix Rozanski escribiera su *Relación sumaria de los códices y manuscritos en El Escorial* (Madrid, 1888). En él la autora estudia la figura y la importante labor desarrollada por el sacerdote y erudito polaco Félix Rozanski, que fue bibliotecario de la Real Biblioteca de El Escorial entre los años 1875 y 1884.

El artículo, que ve ahora la luz por primera vez, forma parte del Archivo personal de Gabriela Makowiecka (BH AP 20) conservado en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid desde el 5 de febrero de 2019, por donación del profesor Grzegorz Bak Trzebunia Niebies, profesor de Filología Eslava de la Universidad Complutense de Madrid, y del Instituto Polaco de Cultura. Se ha transcrito siguiendo fielmente el original –con excepción de unas pequeñas correcciones en la numeración de las notas- y se ofrece, también, la reproducción del documento original mecanografiado.

La profesora Gabriela Makowiecka (1906-2002), pionera de la hispanística polaca y la eslavística española, fue la primera profesora de literatura eslava en la historia de la universidad española desde que, en 1963, comenzó a impartir sus clases en la Universidad de Madrid.

Gabriela Makowiecka (de soltera Rudnicka) nació el 18 de febrero de 1906 en Zakopane, al pie de los Tatra. En el Instituto conoció a Stanisław Makowiecki, quien en 1931 iba a convertirse en su esposo. Realizó los estudios de Filología Románica en la Universidad Jaguella de Cracovia. Durante la carrera estudió dos años en la Sorbona.

El matrimonio Makowiecka vivió unos años en París hasta que, tras la invasión alemana, se trasladan a España, primero a una finca en Gualba, en Cataluña, y desde 1950 a Madrid. Gabriela Makowiecka trabajó primero como profesora de francés en el Instituto Vox y, más tarde, realizó el curso de lengua y cultura españolas para los extranjeros en la Universidad de Madrid. A sugerencia de la profesora Elena Catena hizo su tesis doctoral, bajo la dirección del profesor Joaquín de Entrambasaguas, doctorándose en 1961 con la tesis titulada *Luzán y su poética*.

En 1963, contando con el apoyo del decano de la Facultad de Filosofía y Letras José Camón Aznar, Makowiecka comenzó a dar clases de lengua y literatura polacas en la universidad madrileña, e inició la formación de la sección eslava de la biblioteca de la Facultad. Makowiecka impartió también conferencias en otras universidades en España y en Polonia (Varsovia, Cracovia y Wrocław), contribuyendo al desarrollo de los estudios hispánicos en su patria. Fue autora de numerosos trabajos dedicados a la historia de las relaciones hispano-polacas, entre los cuales destaca el libro *Po drogach polsko-hispańskich* (Por los caminos polaco-españoles) publicado en Cracovia en 1984.

Su última conferencia la pronunció en 1994 durante II Jornadas de Lengua, Literatura y Cultura Polacas (organizadas por los profesores Fernando Presa, Agnieszka Matyjaszczyk y Grzegorz Bąk), cuando cumplía 88 años. En aquel entonces pudo ver los frutos de su trabajo, hablando

delante de un público compuesto por los profesores y alumnos de Filología Eslava de la Universidad Complutense de Madrid. Murió en el año 2002, a la edad de 96 años.

Tras la muerte de Gabriela Makowiecka, sin herederos directos, su archivo personal fue recogido en dos conjuntos. Uno ha estado a cargo del profesor de Filología Eslava de la Universidad Complutense de Madrid, Grzegorz Bak Trzebunia Niebies, y el otro, tras ser guardado varios años por una persona del entorno de la profesora, fue entregado al Instituto Polaco de Cultura en el año 2016. Ambos propietarios, el profesor Bak y el Instituto Polaco de Cultura, manifestaron su deseo de que los dos conjuntos de documentos de la profesora Makowiecka, que forman una unidad, se trasladasen a la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid para su organización, inventario, custodia y difusión pública.

El Archivo (dos cajas grandes en el conjunto del profesor Bak y 8 cajas archivadoras en el caso del Instituto Polaco de Cultura) incluye material muy variado de la vida profesional de la profesora Makowiecka (separatas, artículos manuscritos o mecanografiados inéditos, apuntes, cuadernos de notas, documentación de la Biblioteca de la Facultad, etc.), de su vida personal (fotografías, cartas, documentos administrativos, condecoraciones, carnets), de las actividades de su marido (aeronáutica, coches Trimak, etc.), de sus viajes (folletos), etc.

Ofrecemos a continuación el texto completo del artículo de Gabriela Makowiecka, como homenaje a su labor de docencia e investigación en el área de la hispanística polaca y la eslavística española.



Gabriela Makowiecka. Fotografía procedente de su archivo personal
([BH AP 20](#))

FELIX ROZANSKI. UN BIBLIOTECARIO POLACO EN LA REAL DE EL ESCORIAL ENTRE 1875 Y 1884

Los últimos veinticinco años del siglo XIX, poco venturosos para España en muchos aspectos, aportaron, sin embargo, una corriente de ideas vivificantes, paralelas a las que se desarrollaban en los otros países europeos. Literatura, prosa didáctica, ciencias e investigación histórica, conocen entonces un auge particular, mientras se suscitan, especialmente en España, estimulantes polémicas acerca del problema de la educación nacional. Debido a esa ola y también quizás a las aficiones historiográficas de Cánovas del Castillo, las bibliotecas y archivos españoles, ocultos frecuentemente bajo el polvo de olvido y abandono, cobran una vida nueva. En 1874 sale a la luz la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, que, dirigida por los miembros del cuerpo facultativo correspondiente, dedica su atención a los innumerables tesoros de los fondos históricos nacionales, y en particular a su catalogación.

UN NOMBRAMIENTO INESPERADO

En ese ambiente y vueltos al trono los Borbones, el joven rey Alfonso XII, “rey de la paz”, educado en Francia, Austria e Inglaterra y deseoso de acercar España a Europa, nombró a un culto sacerdote y escritor polaco, Félix Rozanski (1822-1891), para la plaza de bibliotecario en una de las bibliotecas españolas de más prestigio, la Real de El Escorial (Decreto real del 29 de septiembre de 1875).

Los penosos avatares históricos de la patria de Rozanski, entonces vencida y repartida, indujeron a éste a refugiarse en Francia, puerto de asilo para muchos de sus compatriotas, perseguidos en Polonia por actividades subversivas dirigidos contra sus ocupantes. Al ser a menudo hombres cultos y aureolados por la fama de héroes, esos polacos despertaron también una natural simpatía entre varios grupos de españoles, sensibles a los problemas de esta índole.

Es casi seguro, sin embargo, que, para conseguir su puesto, el P. Rozanski tuvo que acudir a alguna recomendación importante. No sería de extrañar que ésta procediera de la princesa española Amparo, hermanastra de Isabel II y esposa de un influyente aristócrata polaco residente en París, el príncipe Ladislao Czartoryski. Amparo era hija de la anterior reina de España, María Cristina de Borbón y de su segundo esposo, Duque de Riánsares. La gran amistad que unía al matrimonio Czartoryski con la familia real española exilada en Francia, podía haber facilitado la recomendación del Padre Félix al joven rey Alfonso XII. No por eso, sin embargo, deben pasarse por alto las circunstancias excepcionales que concurrían en el mismo candidato. Varias obras publicadas ya anteriormente en Francia, probaban la amplia erudición histórica del autor, así como su conocimiento práctico de la organización de la Biblioteca Nacional de París. A esto se añadía su gran pericia lingüística. Además del latín y griego con nociones del hebreo y árabe, Rozanski dominaba varios idiomas europeos modernos, incluido el ruso, el polaco y naturalmente el español, lo que le aseguraba la prioridad entre otros solicitantes. Sea como fuere, el nombramiento de este sacerdote extranjero a la plaza de bibliotecario de El Escorial, debió suscitar no pocos comentarios desfavorables y envidias profesionales si no políticas.

DESCUBRIMIENTOS Y DIFICULTADES

Desde el primer día de la toma de posesión de su cargo, Rozanski, provisto de una relación del contenido de la Biblioteca, fechada en el año de 1859, poco exacta pero la única existente, puso manos a la obra, empezando por un examen metódico de los manuscritos. Pronto se dio cuenta del estado lastimoso de esta sección donde faltaban muchísimos documentos. Mientras en 1577, p. ej., existían unos 1800 manuscritos de la época de Felipe II, en 1875 sólo quedaban unos 400. ¿Qué habría ocurrido con los demás? Gran parte debió perecer en el lamentable incendio del siglo XVII, pero no todos los desaparecidos fueron víctimas de las llamas, como pronto descubrió Rozanski. Según su juicio¹, más culpa que el fuego tuvieron la negligencia e incuria que tanto daño habían hecho al patrimonio cultural de España a lo largo de los siglos. Como ejemplo cita Rozanski un suceso casi reciente: en 1856 y durante unos disturbios, fueron sacados de la Biblioteca Pública de Tortosa y tirados al Ebro como cosa inútil, todos los códices que allí se encontraban. Algo parecido ocurrió en Tarragona y en Poblet, como también en Zaragoza. Por otra parte, habiéndose despertado el interés por los antiguos manuscritos españoles, muchos fueron sustraídos y encontraron compradores extranjeros que no regateaban su precio. Estas operaciones fraudulentas no eran casos aislados. Mucho antes de los hechos mencionados, p. ej., en los tiempos de la desamortización, varias bibliotecas y archivos monásticos emprendieron ya el camino de Francia, Inglaterra, Alemania y otros países.

Hasta 1875 –según Rozanski– no había existido un catálogo completo de los manuscritos escurialenses, tal vez por no haberse encontrado persona alguna con fuerzas suficientes para realizar tan difícil tarea. También él mismo antes de emprenderla, tuvo momentos de verdadero temor ante las imponentes pilas de documentos, depositados durante siglos en los archivos de El Escorial.

La enorme variedad de lenguas, ortografías, abreviaciones, alfabetos, estilos, etc., dificultaban el trabajo, habiendo ya desanimado a muchos estudiosos que lo habían abandonado apenas iniciado. Pero Rozanski no se desanimaba fácilmente y, armado de valor y tenacidad, emprendió su labor para satisfacer los deseos de Alfonso XII, protector directo de la Real Escurialense, como lo ha sido siempre los monarcas sucesivos. Ni las invasiones extranjeras, ni las tempestades y tribulaciones interiores –como dice el polaco– no los detuvieron jamás en su generoso empeño, y gracias a la augusta y constante vigilancia de los Reyes de España, esta Biblioteca es siempre un manantial para los eruditos². Alfonso XII, interesado y preocupado por los problemas de su patria, siguió el camino de sus predecesores. Por esa razón, al nombrar bibliotecario a Rozanski, le confió en el acto la misión de confeccionar un catálogo general y completo de los manuscritos, y, particularmente de los escritos en latín y lenguas vulgares. Tan

¹ Félix Rozanski: *Relación sumaria de los códices y manuscritos en El Escorial*. Madrid, 1888, p. 4.

² *Catálogo general de los manuscritos de lenguas vulgares de la Real Biblioteca de El Escorial*. 1a. Parte, Prólogo Mss, 1877

gran importancia atribuía el rey a esa empresa, que dio la orden al nuevo bibliotecario, de “anteponerla a todos los trabajos de menos urgencia”³.

No cabe duda que Alfonso XII encontró en Rozanski un ejecutor notable de sus planes. Erudito y dotado de viva inteligencia, el bibliotecario destacaba además por la infatigable laboriosidad y el amor al trabajo. Se sentía feliz de poder satisfacer el deseo del monarca y ayudar a la mejor divulgación de los tesoros de la biblioteca confiada a su cuidado. “La luz ha de salir de su encerrado círculo –escribe al iniciar su tarea- y derramarse en todas partes. Los inmensos productos literarios no deben encanecer más tiempo en sus estantes, porque la humanidad de cuyo genio nacieron, tiene derecho de aprovecharlos”⁴. Tal vez conviene recordar que en la misma época, la Real Academia de la Historia preconizaba ideas parecidas, decidiendo abrir sus archivos a los investigadores, porque –como dice C. Rosell- “son inútiles las riquezas cuando se esconden con mano avara”⁵.

DURA TAREA “TRABAJAS COMO UN NEGRO”

Al empezar la realización del catálogo proyectado, Rozanski no se rigió por el interés que éste podía representar para la cultura en general. Quiso ante todo prestar un servicio a la cultura española y dejar un recuerdo valedero de su agradecimiento a España. “Si mi catálogo –escribe con evidente entusiasmo en el “Prologo” de éste- puede abrir las puertas a mi noble y adoptiva patria a lo útil y desconocido hasta ahora, mi felicidad será completa”⁶.

El día 9 de julio de 1876 empezó pues Rozanski su trabajo “solo, sin ayuda de nadie ni antecedentes escritos” –como dice- armado únicamente del optimismo y de la fe en la utilidad de su empresa, dedicada al rey y a todos los que quisieran beneficiarse de ella en el futuro. Con el deseo de ser “breve, claro sencillo y útil”, Rozanski dividió su catálogo en tres partes, habiendo logrado realizar las dos primeras: “Parte histórica” y “Parte de correspondencia”, conservadas en la Biblioteca de El Escorial en su forma manuscrita. La tercera, “Parte de religión y Filosofía”, así como un volumen titulado “Prontuario general alfabético”, no habían sobrepasado, según parece, el estado de proyecto.

Además de las materias tradicionales, el mencionado catálogo comprendía también tratados de medicina, geografía, poesía ciencias exactas, etc. Al hojearlo, salta a la vista la amplitud y diversidad del trabajo llevado a cabo por un hombre solo y en relativamente poco tiempo, ya que entregó a la Intendencia Real la primera parte de su catálogo manuscrito, en diciembre de 1876 y la segunda dos años después⁷. Haciendo caso omiso de las advertencias de sus amigos que le decían: “sacrificas los momentos de tu descanso y sosiego, trabajas como un negro, te vuelves ciego y ¿qué conseguirás?”⁸, Rozanski siguió adelante. Bajo su supervisión fueron clasificados

³ Ídem.

⁴ Ídem.

⁵ C. Rosell. *Noticia de las actas de la RAH*, 25 de junio de 1876, p. III

⁶ *Catálogo general...* Prólogo.

⁷ *Relación sumaria...* p. 7.

⁸ Ídem, p. 8.

los manuscritos en lenguas vulgares en cantidad de 2078 volúmenes que restaurados y provistos de “un pequeño sello con la corona real y parrilla de S. Lorenzo Mártir”, tenían que salvarse – como dice Rozanski- “de algún viaje sin pasaporte legítimo”⁹. Con la ayuda eficaz de un destacado arabista y amigo, Francisco Fernández González, Rozanski examinó y clasificó también dos mil manuscritos árabes, muy deteriorados por el incendio de 1671, frecuentemente rotos, enmohecidos, transformados en una masa compacta y duros como madera o adheridos unos a otros. Tanto esos manuscritos como los demás, en latín, castellano, catalán, valenciano, provenzal, italiano, alemán, francés, pasaron por sus manos, habiéndolos separado, alisado, quitado las manchas y ordenado el mismo P. Félix, sin desechar alguno, ni siquiera si se encontraba en un montón de desperdicios y basura.

CON RESPETO Y CARÍO

Es sorprendente el respetuoso amor profesado por Rozanski a estos vetustos testigos del pasado. Para él –como dice en su obra titulada: “*Relación sumaria sobre los códices y manuscritos en El Escorial*”, Madrid, 1888-, cada manuscrito era un individuo con la fecha de su origen, nacimiento e historia¹⁰. Los trataba como si fueran seres racionales, perseguidos por la adversidad y que hubieran sufrido la decrepitud propia de la vejez. “Estos ancianos de centenares y también de miles de años de existencia, quedan mudos y guardan un impenetrable secreto sobre los viajes que hicieron desde el momento de su nacimiento; lo único que se puede arrancarles es su edad y no siempre en absoluto”¹¹.

En la “Relación” ya mencionada y que refleja tanto el afecto del autor a los manuscritos escurialenses como su amplia erudición histórica, Rozanski sigue el orden cronológico, dando al principio de cada siglo a que pertenecían los documentos, un breve compendio de los acontecimientos históricos y culturales en Europa. Así pues dedica, como polaco, un recuerdo al vasto mundo de los eslavos que, paganos aún en el s. IX, apenas si empezaban entonces “a oír algo de la luz evangélica”¹². Luego con especial interés penetra en los últimos siglos de la Edad Media, admirando los avances culturales de ese periodo, menciona la fundación de varias universidades en el siglo XIV, entre otras la de Cracovia (Polonia) 1364, la más antigua en la Europa Central, después de la de Praga, 1348.

No todo lo medieval, pese al apego de Rozanski a esa época, provoca su entusiasmo. Critica con severidad, p. ej., la ignorancia del clero alemán en el s. XIV, una de las causas –según su parecer- de la Reforma posterior, y se indigna ante las exageraciones de la moda femenina en los últimos años de la Edad Media.

Tampoco es de su agrado la victoria de la imprenta en el siglo XV, que al paralizar la confección de los maravillosos códices, ha obligado a los copistas, a pesar de sus reclamaciones, quejas y

⁹ Ídem, p. 12.

¹⁰ Ídem, p. 12.

¹¹ Ídem, p. 17.

¹² Ídem.

lágrimas, a enterrar su pluma. La frialdad del nuevo invento “este absoluto y poderosísimo monarca”¹³, aniquiló el encanto personal del arte de los manuscritos y redujo lamentablemente su número en El Escorial. Una vez más y con ternura quizás esclava, expresa Rozanski su profundo amor a las cosas del pasado: “¡Pobres pergaminos viejos! Mirándoos, habláis al corazón tan misteriosamente y a pesar de ser cadáveres, vuestra voz dulce dice a vuestros amadores: soy quien soy –muerto, sin embargo vivo y viviré. ¡Oh venerable antigüedad... cuánto te admiro!”¹⁴.

ALGUNAS SATISFACCIONES

A las aulas escurialenses, sombrías y frecuentemente glaciales donde permanecía Rozanski, acudían eruditos de todo Europa, incluso de Polonia y Rusia. El P. Félix seguía con vivo interés y simpatía la abnegada labor de esos hombres cuando sentados en las pesadas mesas de la sala de lectura, mal alumbrada por las ventanas que daban al Patio de los Reyes, se entregaban al estudio de los documentos. Veía con íntima satisfacción como consultaban y apreciaban los catálogos redactados por él, reconociendo su eficacia. Pero disfrutaba sobre todo con las preguntas que le hacían los investigadores. Su inquietud y entrega incondicional a la ciencia animaban a Rozanski y le sostenían en su cargo de bibliotecario, “difícil, delicado y espinoso”¹⁵ que tan poca gente sabía comprender y apreciar. El entusiasmo del P. Félix por la cultura y sus buenas relaciones con los estudiosos, eran observados sin ser compartidos por algunos compañeros suyos que, al no comprenderlo, interpretaban torcidamente el sacrificio y el celo del bibliotecario. Frente a esa incompreensión, tanto más destacaba la actitud de los extranjeros que habiendo recurrido a la Biblioteca Laurentina en sus trabajos, dejaron el testimonio de su satisfacción y agradecimiento a Rozanski. Algunos rindieron homenaje a la eficiencia profesional y simpatía personal del bibliotecario polaco, presentándole incluso como modelo digno de imitación. Otros glosaron su conocimiento de idiomas y su ayuda competente a los investigadores enfrentados con las dificultades características en los archivos y bibliotecas.

El francés Charles Graux, helenista y paleólogo, autor de uno de los mejores catálogos de códices griegos, publicado en París en 1880, reconoció en Rozanski cualidades de bibliotecario, verdaderamente experto, sin cuya ayuda desinteresada, su catálogo no hubiera llegado a buen fin. “No puedo seguir adelante –dice por su parte el conocido filólogo Otto Hanse- sin expresar mi más sincero agradecimiento al excelente experto en Lenguas, D. Félix Rozanski, por su excepcional afabilidad y deseos de ayudar. La serena cordialidad de este hombre y su ejemplar entusiasmo por el trabajo, me permitían olvidar las rudas condiciones de la sala de lectura en El Escorial, con su frío y oscuridad”¹⁶. Otro investigador Paul Ewald, que trabajó en El Escorial en los años 1878-1879, tenía a Rozanski por modelo de bibliotecarios y consideraba como

¹³ Ídem, p. 83.

¹⁴ Ídem, p. 83.

¹⁵ Ídem, p. 3.

¹⁶ Ídem, p. 1. (en alemán).

sumamente útil su extenso catálogo de manuscritos escorialenses dispuestos por orden de materias.

OTRAS OCUPACIONES

Además de las cualidades de bibliotecario, Rozanski poseía también, según parece, el don de la administración. Por la módica suma de 30.000 reales que supo conseguir, restauró parcialmente y antes que todo, el salón principal de la Real Biblioteca, colocando una estantería nueva, ya que la antigua había quedado seriamente averiada por el fuego de 1671. En otra de sus intervenciones administrativas, el P. Félix se enfrentó con el problema del frío, enemigo personal suyo. Hijo de Polonia, país de inviernos rigurosos pero dotado de viviendas bien acondicionadas, Rozanski sufría mucho por el ambiente helado del pétreo Monasterio, donde él y su único ayudante, “ambos con las manos hinchadas de frío”¹⁷, tenían que manejar incontables volúmenes de códices y manuscritos. El frío ahuyentaba también a los investigadores, sobre todo extranjeros, que no podían trabajar en una biblioteca desprovista, aparte de un ineficaz brasero, de cualquier fuente de calor. Para paliar esta incomodidad, Rozanski tuvo la feliz idea de transformar la sala llamada “celda de Juanelo”, destinada hasta entonces a las obras puestas en el índice, en una acogedora sala de estudio. Con este fin y después de trasladar las obras prohibidas a otro sitio, ordenó colocar en dicha “celda de Juanelo” no solo un entarimado de madera, sino también una estufa, “tal como existe hoy día”¹⁸, según dice en una nota posterior. Asimismo, tramitó Rozanski el asunto de 5.000 volúmenes de la Biblioteca del Seminario que fundada por el arzobispo Antonio Claret, permanecía abandonada y carente –como indica Rozanski- de “la más ligera lista de su contenido”¹⁹. Tanto el catálogo de esta colección, como su incorporación a la Biblioteca Principal por una orden real, corrieron a cargo del bibliotecario polaco.

Con todo esto y atendiendo a numerosas obligaciones, p. ej., clases de francés que daba gratuitamente en el Colegio Real de El Escorial, tenía que hilar delgado, para no exceder de la modesta suma de 75 pesetas mensuales que recibía no sólo para los gastos de encuadernación y restauración de los manuscritos, sino también para el abono de algunas revistas profesionales indispensables.

DESAVENENCIAS Y AMISTADES

No tenía el bibliotecario muchos ratos de ocio. El creciente interés por la historia contribuía a cada vez mayor afluencia de estudiosos, mientras aumentaban también las consultas por escrito de todos los que, tanto españoles como numerosos extranjeros, no podían acudir personalmente a El Escorial. En sólo dos años –según Rozanski- se estudiaron, resolvieron y contestaron asuntos referentes a más de 2.500 volúmenes de manuscritos²⁰. El personal de la Biblioteca, sin

¹⁷ Ídem, p. 92 (Nota 2).

¹⁸ Ídem, p. 92 (Nota 3 en p. 94).

¹⁹ Ídem, p. 92 (Nota 3).

²⁰ Ídem, p. 92 (Nota 3).

embargo, destinado a esos quehaceres, estaba reducido al mínimo y constaba sólo de dos personas: el jefe o sea el P. Félix y un dependiente. Este, por no haber otra persona para atender al público que venía a visitar la Biblioteca Principal, estaba casi siempre ocupado, de manera que todas las demás obligaciones recaían sobre el bibliotecario. Era pues de hecho –como lo menciona- “jefe, corresponsal, consultor, servidor y criado”²¹, que tenía que buscar y luego colocar personalmente las obras pedidas por los interesados.

Pese a los inconvenientes, el P. Félix no se quejó nunca del exceso de trabajo que en realidad le encantaba. La preocupación y el disgusto que manifestaría una vez abandonado El Escorial, tenían causas muy distintas, aunque frecuentes: la hostilidad, tanto de los demás compañeros como de los que pretendían ocupar su puesto. “No me faltaron numerosos detractores –escribe con amargura años después- que llevaron mi nombre al periodismo y que me son perfectamente conocidos. Unos querían pulverizarme por no haber podido servirse de mí a su gusto y capricho. Otros, a pesar del trato que tenían conmigo y me llamaban su estimado amigo, detrás censuraban mi carácter de insociable, intratable, agrio, etc., y esto en lugares en que, aunque sus censuras indignas fuesen en todo o en parte verdad, debían guardar silencio y prudente reserva. Estos buscaban mi desprestigio y alcanzaron, hasta cierto punto, sus deseos”²². Pese al sinsabor y desconsuelo que se desprenden de estas palabras, Rozanski silenció con discreción los nombres de sus enemigos.

No procedió, sin embargo, del mismo modo con las personas de cuya amistad y protección se sentía orgulloso. Los amigos que menciona, eran todos miembros de las Academias, muy conocidos en el mundo de la cultura y política de entonces. Entre ellos figuran personajes como Aureliano Guerra y Orbe, literato y pintor, miembro de la Academia Española. Antonio Fabié y Escudero, diputado por Sevilla, autor de la “Ley Maestra”, académico de las de Lengua y de Historia, Francisco Fernandez González, arabista, académico también y al que Rozanski guardaba un profundo agradecimiento. Francisco Codera y Zaidín, otro arabista, catedrático y más tarde miembro de dos Academias. Puede ser que la figura más afín a la labor y aficiones de Rozanski, fuese la del P. Fidel Fita y Colomer, conocido jesuita catalán. Erudito excepcional, miembro de número y más tarde director de la Academia de la Historia, el P. Fidel, para quien las lenguas clásicas, el hebreo y el vascuence no tenían secretos, destacó como investigador incansable de los documentos eclesiásticos medievales. Tanto el P. Fita como los demás aquí mencionados, distinguieron a Rozanski con su amistad y respeto.

TRADUCIR PARA ACERCAR

Entre la plena dedicación a su trabajo y la preocupación por el acomodo y ordenamiento de la Biblioteca, Rozanski supo encontrar tiempo para traducir al español una obra del historiador polaco Ksawery Liske (1838-91), fundador de una nueva escuela histórica en Polonia. Partidario del acercamiento entre los pueblos, Liske reunió en una obra suya algunas crónicas, dejadas por los viajeros polacos y otros que habían visitado España entre los siglos XV y XVII. Al encargarse

²¹ Ídem, p. 92 (Nota 3 en p. 93).

²² Ídem, p. 3.

de la versión española, Rozanski correspondía al deseo de Liske que quería dar a conocer esos datos inéditos referentes a la historia de España y conservados hasta entonces en los archivos polacos. Liske tenía la esperanza de que su aportación serviría de provecho “aunque fuese pequeño” –como dice- a la historiografía española”²³.

Gracias a la amabilidad del P. Teodoro Alonso, archivero en la Real Biblioteca de El Escorial, he podido hojear el manuscrito polaco de Liske y descifrar su empalidecida letra de hace más de cien años. Antes que yo, se había inclinado sobre esas páginas, su traductor el P. Rozanski, durante muchas noches y hurtando ratos al sueño. Bajo el título: “Viajes de extranjeros por España y Portugal, en los siglos XV, XVI, XVII” publicó esta traducción, supongo que a sus expensas, en Madrid, 1878, ocultando con modestia su identidad de traductor bajo las simples iniciales F.R.

Entre los viajes que contiene la obra de Liske, descuellan las cartas de Juan Dantisco (1485-1545), durante varios años embajador del rey polaco Segismundo I Jagellón, en la corte española de Carlos V. Culto, inteligente y de lengua mordaz, adicto a Erasmo y amigo de los hermanos Valdés, de Diego Gracián de Alderete, de Hernán Cortés y, más tarde, después de su vuelta a Polonia, de Nicolás Copérnico, Dantisco ha dejado una sorprendente y verosímil visión de la España Renacentista. Escritas en latín y dirigidas al rey de Polonia y otras personalidades, sus cartas contienen infinidad de detalles inéditos y observaciones perspicaces sobre la corte y la política del emperador. Desconocidas durante mucho tiempo en España, han servido y sirven frecuentemente de referencia a los historiadores españoles contemporáneos. Félix Rozanski tuvo el mérito de publicar esta casi anónima versión en castellano, de tan valiosos documentos. Tradujo también, esta vez al polaco, las cartas de Pedro Ronquillo, embajador de España en Polonia en el siglo XVII.

UN INTENTO FRUSTADO

No obstante, y pese a las buenas intenciones y la incansable labor del P. Félix, las cosas de su trabajo se complicaban y los disgustos diarios iban en aumento. “Lo que trastornaba más este servicio de esfuerzo –dice Rozanski- fue el deplorable sistema de otorgar licencias por la Real Intendencia sin límites, de que, aprovechándose la gente, pedía obras tras obras, y sin escuchar razones en estos casos, se me contestaba: “estoy en mi derecho de pedir lo que me conviene”. De allí se originaron vejaciones, abusos, amenazas insolentes y groseras como lo de “limpiar el comedero”, y luego quejas a la superioridad, y calumnias hasta en los periódicos. No habiendo servicio suficiente, cada uno quiso andar por la Biblioteca como por su casa”²⁴.

No menos desafortunado fue Rozanski en sus varias peticiones destinadas a mejorar los servicios de la Biblioteca: pocas dieron resultado. No llegó a conseguir una estantería nueva para

²³ Ksawery Liske: Introducción a su manuscrito de: *Extranjeros en España en los siglos XV, XVI, XVII*. Mss en polaco, en la Biblioteca de El Escorial.

²⁴ Félix Rozanski: *Relación sumaria de los códices y manuscritos en El Escorial*, p. 93 (Nota 3).

los manuscritos ni tampoco se le permitió –como dice- “poner otro suelo y quitar el de ladrillos de mala calidad que desprendía polvo rojo y perdía los libros”²⁵.

Pero lo que más le debió afectar, fue el silencio y la indiferencia en que había caído su proyecto de un reglamento nuevo de la Biblioteca de El Escorial, cuidadosamente preparado. La redacción del texto de este reglamento fue discutida y luego encargada a Rozanski por la junta que se reunió en el archivo del rey y por la orden de éste, el 27 de mayo de 1876. Esta junta, además del P. Félix comprendía a D. Manuel Zarco del Valle, bibliotecario particular de Alfonso XII y a D. José Güemes, archivero general de la Real Casa.

Al lado de los artículos indispensables en el reglamento de una biblioteca, Rozanski apuntó una serie de observaciones en las márgenes del mismo interesantes y características por las opiniones y el temperamento del autor. A través de su proyecto aparece el P. Félix como un monárquico adicto y convencido. “La Biblioteca de El Escorial –dice- una de las más preciosas alhajas de la Corona”, ha de quedar siempre bajo la protección directa del rey sin que pueda intervenir un ministro cualquiera, ya que “en nuestros días más que antes”, inclinándose las voluntades a despojar la Corona de sus propiedades, es menester precaverse de sus atentados”²⁶.

El bibliotecario –según el proyecto de Rozanski- había de ser sacerdote. “Además debe saber por estudios y fuera de los conocimientos indispensables de su importante encargo, a lo menos una de cada lengua de los tres principales idiomas antiguos de Europa, es decir: del romano, germánico y eslavo, y, además, el latín y algún conocimiento de lenguas orientales”²⁷. Al mismo tiempo apunta Rozanski que la Biblioteca de El Escorial es pobre “en la literatura germánica y no posee nada de la eslava que está civilizando la Rusia y penetra en el Oriente; atribuye esto –añade- a la falta de conocimiento de lenguas en los Bibliotecarios de este Real Sitio”²⁸.

Encuentra indispensable que cada bibliotecario en funciones presente a la Superioridad una relación semestral de las entradas de nuevas obras para obligarle a ponerlas en orden y a “no dejarlas, como lo encontré” –añade- a la buena de Dios”. La dependencia de la Biblioteca Escorialense “tanto de la Real de Madrid como del presidente de la Real Capilla de este Monasterio, no dio buenos resultados esperados, le faltaba, parece, la cabeza del centro de la administración principal, y cayó en desorden”²⁹.

Por extraño que pueda parecer, la Biblioteca de El Escorial, hasta la llegada de Rozanski, no disponía de un portero. “Eso es precisamente –sigue el P. Félix- lo que falta aquí, y, sin embargo, hay un cuarto para el Portero de la Biblioteca”. Y, recordando este detalle, Rozanski se pone a enumerar en un rápido y pintoresco relato, todos los contratiempos que han sido su pan cada día: “la gente se pasea por todas las galerías, llama, golpea a las puertas de la Biblioteca, quita

²⁵ Ídem, p. 94 (Nota 3).

²⁶ Y los siguientes hasta el 33 inclusive, se encuentran en Félix Rozanski: Materiales concentrados bajo el título: *Proyecto de Reglamento para la Real Biblioteca de S. Lorenzo de El Escorial*, legajo 428, Mss. En el Archivo de la Biblioteca del Palacio Real, Madrid.

²⁷ Ídem.

²⁸ Ídem.

²⁹ Ídem.

de ellas los avisos, escribe encima incidencias e insultos y si no estoy presente para la custodia, has encuentro basuras. Sería muy conveniente –dice- de cortar el paso a la Biblioteca cuando esté cerrada, con una parrilla de madera en medio de la galería; poco costaría esta obra y se salvaría la hermosa obra de la puerta”³⁰.

En su celo de defensor de la Biblioteca contra la indiscreción de los curiosos y mal educados, invoca también la situación geográfica de El Escorial, recordando que en invierno “baja el sol detrás de las montañas y la Biblioteca queda a oscuras”³¹. Conviene pues en este período del año, cerrarla a las tres de la tarde. Asimismo, la sección de los manuscritos debería quedar fuera del alcance de los visitantes. “Como no representa nada a la curiosidad y como está apartada mucho de la principal, me parece prudente –dice- de no permitir reconocer sus entradas y salidas a nadie”³².

No cabe duda que estas notas y proposiciones del P. Félix, muy justas en teoría, debieron molestar e irritar a muchas personas acostumbradas a andar por la Biblioteca como por su casa. El hecho de que el reglamento, pese a su calidad, no fuera puesto en práctica, es significativo y hace suponer un sentimiento de hostilidad o quizás de envidia, que en muchas ocasiones frenaba las iniciativas de Rozanski. La suposición queda confirmada por la nota añadida más tarde al primer folio de dicho Proyecto de Reglamento y que reza: “Después de celebrada la primera Junta a que se refiere este proyecto de Reglamento, por la comisión nombrada en Real Orden de 1 de mayo de 1876, no ha vuelto a reunirse, sin duda por haber dispuesto otra cosa el Bibliotecario de S.M., quedando este asunto sin tramitación ulterior”³³. El mismo autor del Proyecto no se enteró nunca porque se había frustrado su iniciativa, pero se sintió profundamente dolorido.

Sólo un año antes de jubilarse Rozanski y abandonar El Escorial, se le acordó por fin el aumento del personal de servicio, en “un portero inútil y un celador” –como dice irónicamente D. Félix- ³⁴ (36), pero sin promulgar el reglamento nuevo, lo que no llegó a cambiar en absoluto el “status quo”. Por el contrario, los nuevos empleados, recomendados por los competidores del bibliotecario polaco, no sólo trabajaban a disgusto bajo sus órdenes, sino que colaboraban eficazmente en su desprestigio personal. Como se puede ver, los ánimos, pese a la tranquilidad relativa del periodo en el que Rozanski había trabajado en El Escorial, no tenían nada de pacíficos. La envidia y el odio mutuo levantaban la cabeza con cualquier ocasión, incluso en las vetustas bibliotecas cuyo ambiente de concentración y silencio parecía indico para fortalecer los espíritus y hacerlos inmunes ante las contrariedades de la vida.

Las observaciones y críticas de Rozanski resultan, sin embargo, anodinas si se las compara, p. ej., con las de Manuel Torres Campos, publicadas en la “Revista Contemporánea” (enero de 1877). Su célebre artículo titulado “Bibliotecas Nacionales”, que juzgaron ofensivo los

³⁰ Ídem

³¹ Ídem.

³² Ídem.

³³ Ídem.

³⁴ Félix Rozanski: *Relación sumaria...*, p. 93 (Nota 3).

bibliotecarios de la Nacional, suscitó protestaciones, aclaraciones y polémica, mientras el Proyecto del P. Félix fue abandonado en silencio.

Los pocos españoles que mencionaron a Rozanski en sus trabajos referentes a la Real de El Escorial, enjuiciaron su labor sin mayor interés, considerándole como uno de esos bibliotecarios que con más o menos suerte examinaban y organizaban los inagotables tesoros del Monasterio. El esfuerzo emprendido por Rozanski en compañía del gran arabista Fernández González, para clasificar y salvar, p. ej., un gran número de manuscritos árabes, abandonados a su suerte durante siglos, fue juzgado por los críticos de nuestro bibliotecario como fruto de buena voluntad más bien que de sus conocimientos. Varios años después de la muerte de P. Félix, Francisco Codera Zaidín acusó, sin señalar los nombres, a todos los bibliotecarios “más celosos que discretos, quienes –como dice- tuvieron la fatal idea de encuadernar de nuevo los libros estropeados, que vistieron con encuadernaciones lujosas a veces, y siempre funestas para los manuscritos”³⁵. ¿Podrían estas palabras referirse también a Rozanski? No lo parece, ya que éste nunca disponía de fondos suficientes para encuadernaciones lujosas. Las que menciona el mismo, eran sencillísimas, seguramente aprobadas por Francisco Fernández y González, a cuyo profundo conocimiento del árabe, tenía recurso el P. Félix. Codera, por su parte, acompañado de su discípulo Julián Ribera (más tarde catedrático de árabe en la Universidad de Zaragoza) y autorizado por Rozanski, intentó también ordenar las hojas sueltas de dichos manuscritos sirviéndose de un sistema de su invención: “Comenzamos –explica Codera- por examinar uno a uno los legajos de hojas sueltas, y de acuerdo con el bibliotecario Sr. Rozanski, de lo existente de cada legajo pusimos en diferente carpeta...”³⁶ ¿Lo habrán terminado?

ADIOS A EL ESCORIAL.

Cuando corría el año 1884, noveno y último de los dedicados a la Real Biblioteca de El Escorial por el P. Félix, con la fecha del 27 de mayo de dicho año, éste, vista su edad, recibió la orden real de abandonar el Monasterio de San Lorenzo y dirigirse a Tarragona, con destino a la catedral de esta ciudad. No debía encantarle esta decisión real, puesto que tardó más de medio año antes de presentarse en Cataluña. Lógicamente se podía suponer que después de los duros inviernos de la Sierra del Guadarrama, el suave clima mediterráneo y la presencia de los monumentos de la antigüedad que tanto estimaba, aparecieran a Rozanski, hombre entrado en años, como un ambiente feliz y deseable para el final de una vida bastante agitada. No obstante, no fue así. El encuentro con la bella y soleada capital catalana le llenó de amargura, pareciéndole un lugar de destierro definitivo. Desde el primer momento le embargó la nostalgia del severo ambiente de El Escorial, de su dura pero tan apasionante labor de bibliotecario y del continuo contacto con el mundo intelectual de España y Europa.

“Tarragona es una plaza desierta –escribe- se desconoce aquí el menor movimiento literario. La Biblioteca Provincial, compuesta de los restos teológicos de los conventos suprimidos, no posee

³⁵ Francisco Codera Zaidín: “Manuscritos árabes del Escorial”. En: *Boletín de la RAH*, diciembre de 1898, T. 33, p. 466.

³⁶ Ídem, p.469

quiera “La España Sagrada”³⁷. Abandonado a sí mismo, y sintiéndose extraño en el área de la lengua catalana que probablemente no hablara, volvía en el pensamiento el recuerdo de esos nueve años de convivencia con una de las más prestigiosas bibliotecas europeas, y echaba de menos a aquellos eruditos de España y otros países que le habían tratado con simpatía y comprensión.

Según los escasos datos que he recogido en Madrid en las obras de Julián Zarco Cuevas y de Guillermo Antolín y Pajares, Rozanski fue nombrado canónigo en la catedral de Tarragona. Pero cuando he confrontado dicha información con los documentos “in situ”, o sea en el archivo de la catedral tarraconense, el resultado de mi investigación fue distinto. Rozanski no fue canónigo, sino beneficiado de la catedral, lo que significa que en la jerarquía eclesiástica estaba por debajo de los canónigos. A los beneficiados que tenían que cumplir una serie de condiciones indispensables, tales como: ser varones, cristiano, solteros y eclesiásticos, se les exigía también una edad correspondiente, un nombramiento de la superioridad adecuada y la ciudadanía española. El polaco debía cumplir todas estas condiciones, habiendo recibido la nacionalidad española junto con su nombramiento. De todos modos, el beneficiario del P. Félix fue una distinción, debida seguramente a sus méritos demostrados en El Escorial y también, tal vez, a la influencia de su amigo catalán, el P. Fita y Colomer.

Rozanski tomó posesión de su beneficio el 20 de diciembre de 1884; después de jurar obediencia y fidelidad a las autoridades eclesiásticas y comprometiéndose a estar presente en todos los oficios y oraciones diarias de los canónigos en el coro. Estaba conforme con todo, menos con la obligación de permanecer constantemente en Tarragona. Acostumbrado a una vida activa y a la proximidad de Madrid, se amoldaba difícilmente a la monotonía provinciana de la Cataluña de entonces. Tal vez por eso o por la necesidad innata de actividad, se ocupaba voluntariamente de la Biblioteca Provincial, cuyas reservas y posibilidades motivaban sus quejas.

UN HALLAZGO.

En la mencionada Biblioteca Provincial de Tarragona, dotada actualmente de un extenso acopio de libros y ubicada en un edificio distinto del de 1884, tuve la sorpresa de encontrar dos obras del P. Félix, escritas en polaco y depositadas allí, como es de suponer, después de la muerte de su autor. Parece que durante casi un siglo de su permanencia en la biblioteca tarraconense, estos libros no habían encontrado lector alguno que comprendiera la lengua polaca, a excepción de polillas que labraron sus hojas con minúsculas e intrincadas galerías. Una de esas obras en dos tomos, publicada en París en 1864, lleva por título “La religión de los antiguos israelitas, sus hábitos y costumbres”. Según la intención del autor, la obra debía construir la primera parte de un gran estudio sobre varias religiones antiguas de la humanidad, proyecto que prueba los amplios conocimientos de Rozanski en el campo historiográfico. Que la historia ha sido la disciplina preferida del P. Félix, lo confirma también el lema colocado al principio del libro mencionado: “El pasado es la mejor enseñanza para nosotros”, así como el contenido de otra

³⁷ F. Rozanski: *Relación sumaria...*, p. 7 (Nota 2).

obra que igualmente he encontrado en Tarragona. Se trata esta vez de la traducción al polaco de un manuscrito español de El Escorial, del s. XVI, titulado “Expedición a Hungría de Bernardo Aldana, general de la caballería española en los años 1548-56”. Este largo relato, traducido por Rozanski y publicado en Cracovia (Polonia) en 1881, resultó ser de gran interés para los historiadores polacos, ya que se refería parcialmente a Polonia y sus relaciones con los reinos vecinos en la época del mayor poder de este país en el s. XVI. Bernardo Aldana que por orden de Carlos V había tomado parte activa en todas las pretensiones dinásticas hispano-austro-húngaro-polacas, se daba perfecta cuenta no sólo de las intrigas políticas centroeuropeas, sino también del peligro turco que amenazaba tanto los intereses de Carlos V y de su hermano Fernando, entonces rey de Hungría, como mucho más directamente, los de Polonia. Al publicar esta vez su traducción, el P. Félix, sin ocultar su identidad bajo unas iniciales, puso la siguiente nota en su trabajo: “tradujo y editó del original español el P. Félix Rozanski, director de la Real Academia de El Escorial”.

No tenemos datos anecdóticos ni noticias precisas sobre el modo de vivir de Rozanski en Tarragona, como tampoco sabemos nada acerca de los amigos que pudiera tener en la antigua capital romana. De las obras que tal vez estuviera allí preparando, solo conocemos la mencionada “*Relación sumaria*”, escrita en Tarragona y publicada en Madrid en 1888.

Según he podido deducir de los breves apuntes que existen en la catedral de Tarragona y que me ha proporcionado amablemente su canónigo-archivero, el P. Ramón Salvador, Félix Rozanski dejó entre los últimos compañeros de su vida, el recuerdo de un hombre tranquilo, ponderado y bien intencionado para con los demás, y sobre todo muy laborioso. La muerte por un paro cardíaco le sobrevino durante un servicio religioso en la catedral, el 20 de mayo de 1891, en medio de la bella primavera mediterránea³⁸. Está enterrado en el sepulcro colectivo de los beneficiados en el cementerio municipal de la antigua Tarraco.

CONCLUSIÓN

Las opiniones acerca de la labor de Félix Rozanski en El Escorial no han sido, como hemos visto, unánimes. Muy apreciado por los investigadores extranjeros y también españoles, p. ej., J. Villamil³⁹, tuvo que sufrir las críticas de algunos de sus colaboradores o rivales en la dirección de la Biblioteca. Hay que subrayar, sin embargo, que, en contra de la inquina de los envidiosos, supo conseguir la amistad de muchos españoles ilustres de su época. También la academia de la Historia de Madrid reconoció sus méritos, admitiéndole en su seno (1882), como miembro correspondiente.

A pesar de las imperfecciones de orden profesional que se le han reprochado, no cabe duda que Rozanski realizó en El Escorial una amplia y provechosa labor, cuyas huellas persisten hasta

³⁸ Acta de defunción de Félix Rozanski, del 20 de mayo de 1891. Libro de defunciones del Archivo de la Catedral de Tarragona. Tomo X, fol. 248 (vuelta).

³⁹ J. Villamil y Castro: “Códices jurídicos de la Biblioteca de El Escorial”. Artículo publicado en *la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 31 de enero de 1883 en que, después de una visita en la RBE dice: “debo manifestar que he sido tratado con fina cortesía por el sacerdote polaco a quien S.M. ha confiado la guarda de aquel copiosísimo tesoro bibliográfico-diplomático”, p. 38.

ahora. Todo lo que ha hecho, su trabajo diario en la Biblioteca, los catálogos y reglamentos, las iniciativas reformadoras en cuanto a la organización y comodidad, las preocupaciones de orden artístico y el verdadero cariño hacia el tesoro nacional de El Escorial, prueban su entusiasmo y laboriosidad, dignos de encomio y carentes de indiferencia o pusilanimidad. Era uno de esos polacos cultos que, expatriados de su país en el revuelto siglo XIX, tomaron parte activa en la vida intelectual del Occidente. Deseoso de bien servir a España, su patria adoptiva, Rozanski colaboró intensamente en la obra de su renovación cultural.

Me figuro la alegría con la que Rozanski hubiera aplaudido las “Normas de Acceso”, promulgadas por la dirección de la Biblioteca Nacional de Madrid en verano de 1987, y reclamadas por él hace exactamente cien años, para acabar con el desorden y otros males de las ilustres y admiradas “Academias de la Nación”.

Por otra parte, al ser un ferviente partidario de la convivencia pacífica entre los pueblos, Félix Rozanski se esforzó, sirviéndose de los medios que tenía a su alcance, a colaborar en el acercamiento entre España y Polonia. No cabe duda que, entre otras, fue gracias a su mediación que los polacos sin que su patria existiera como país independiente, pudieron tomar parte en el homenaje tributado en Madrid a Pedro Calderón de la Barca en 1881.

Y, aunque en esta ocasión el entusiástico poema de Platón Kostecki de la Universidad de Lvov, escrito en polaco y acompañado de una versión en francés, no había recibido el primer premio, quedó en los archivos de la Biblioteca Nacional de Madrid como testimonio harto expresivo de la veneración que han sentido siempre los polacos hacia la figura del gran autor de “La vida es sueño”, con su poderoso, aunque fantástico, ambiente polaco.

Gabriela Makowiecka, Velázquez 55
28001 Madrid Teléfono 275-89-94.

FÉLIX ROZANSKI. UN BIBLIOTECARIO POLACO EN LA REAL DE EL ESCORIAL

entre 1875 y 1884

Los últimos veinticinco años del siglo XIX, poco venturosos para España en muchos aspectos, aportaron sin embargo, una corriente de ideas vivificantes, paralelas a las que se desarrollaban en los otros países europeos. Literatura, prosa didáctica, ciencias e investigación histórica, conocen entonces un auge particular, mientras se suscitan, especialmente en España, estimulantes polémicas acerca del problema de la educación nacional. Debido a esa ola y también quizás a las aficiones historiográficas de Cánovas del Castillo, las bibliotecas y archivos españoles, ocultos frecuentemente bajo el polvo de olvido y abandono, cobran una vida nueva. En 1874 sale a la luz la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos", que dirigida por los miembros del cuerpo facultativo correspondiente, dedica su atención a los innumerables tesoros de los fondos históricos nacionales, y en particular a su catalogación.

Un nombramiento inesperado.

En ese ambiente y vueltos al trono los Borbones, el joven rey Alfonso XII, "rey de la paz", educado en Francia, Austria e Inglaterra y deseoso de acercar España a Europa, nombró a un culto sacerdote y escritor polaco, Félix Rozanski (1822-1891), para la plaza de bibliotecario en una de las bibliotecas españolas de más prestigio, la Real de El Escorial. /Decreto real del 29 de septiembre de 1875/.

Los penosos avatares históricos de la patria de Rozanski, entonces vencida y repartida, indujeron a éste a refugiarse

en Francia, puerto de asilo para muchos de sus compatriotas, perseguidos en Polonia por actividades subversivas dirigidos contra sus ocupantes. Al ser a menudo hombres cultos y aureolados por la fama de héroes, esos polacos despertaron también una natural simpatía entre varios grupos de españoles, sensibles a los problemas de esta índole.

Es casi seguro, sin embargo, que para conseguir su puesto, el P. Rozanski tuvo que acudir a alguna recomendación importante. No sería de extrañar que ésta procediera de la princesa española Amparo, hermanastra de Isabel II y esposa de un influyente aristócrata polaco residente en París, el príncipe Ladislao Czartoryski. Amparo era hija de la anterior reina de España, María Cristina de Borbón y de su segundo esposo, Duque de Riánsares. La gran amistad que unía al matrimonio Czartoryski con la familia real española exiliada en Francia, podía haber facilitado la recomendación del Padre Félix al joven rey Alfonso XII. No por eso, sin embargo, deben pasarse por alto las circunstancias excepcionales que concurrían en el mismo candidato. Varias obras, publicadas ya anteriormente en Francia, probaban la amplia erudicción histórica del autor, así como su conocimiento práctico de la organización de la Biblioteca Nacional de París. A esto se añadía su gran pericia lingüística. Además del latín y griego con nociones del hebreo y árabe, Rozanski dominaba varios idiomas europeos modernos, incluido el ruso, el polaco y naturalmente el español, lo que le aseguraba la prioridad entre otros solicitantes. Sea como fuere, el nombramiento de este sacerdote extranjero a la plaza de bibliotecario de El Escorial, debió suscitar no pocos comentarios desfavorables y envidias profesionales si no políticas.

DESCUBRIMIENTOS Y DIFICULTADES.

Desde el primer día de la toma de posesión de su cargo, Rozanski, provisto de una relación del contenido de la Biblioteca, fechada en el año de 1859, poco exacta pero la única existente, puso manos a la obra, empezando por un examen metódico de los manuscritos. Pronto se dió cuenta del estado lastimoso de esta sección donde faltaban muchísimos documentos. Mientras en 1577, p.ej., existían unos 1.800 manuscritos de la época de Felipe II, en 1875 sólo quedaban unos 400. ¿Qué habría ocurrido con los demás?. Gran parte debió perecer en el lamentable incendio del siglo XVII, pero no todos los desaparecidos fueron víctimas de las llamas, como pronto descubrió Rozanski. Según su juicio (1), más culpa que el fuego tuvieron la negligencia e incuria que tanto daño habían hecho al patrimonio cultural de España a

lo largo de los siglos. Como ejemplo cita Rozanski un suceso casi reciente: en 1856 y durante unos disturbios, fueron sacados de la Biblioteca Pública de Tortosa y tirados al Ebro como cosa inútil, todos los códices que allí se encontraban. Algo parecido ocurrió en Tarragona y en Poblet, como también en Zaragoza. Por otra parte, habiéndose despertado el interés por los antiguos manuscritos españoles, muchos fueron sustraídos y encontraron compradores extranjeros que no regateaban su precio. Estas operaciones fraudulentas no eran casos aislados. Mucho antes de los hechos mencionados, p. ej., en los tiempos de la desamortización, varias bibliotecas y archivos monásticos emprendieron ya el camino de Francia, Inglaterra, Alemania y otros países.

Hasta 1875 -según Rozanski- no había existido un catálogo completo de los manuscritos escurialenses, tal vez por no haberse encontrado persona alguna con fuerzas suficientes para realizar tan difícil tarea. También él mismo antes de emprenderla, tuvo momentos de verdadero temor ante las imponentes pilas de documentos, depositados durante siglos en los archivos de El Escorial.

La enorme variedad de lenguas, ortografías, abreviaciones, alfabetos, estilos, etc., dificultaban el trabajo, habiendo ya desanimado a muchos estudiosos que lo habían abandonado apenas iniciado. Pero Rozanski no se desanimaba fácilmente y, armado de valor y tenacidad, emprendió su labor para satisfacer los deseos de Alfonso XII, protector directo de la Real Escurialense, como lo han sido siempre los monarcas sucesivos. Ni las invasiones extranjeras, ni las tempestades y tribulaciones interiores -como dice el polaco- no los detuvieron jamás en su generoso empeño, y gracias a la augusta y constante vigilancia de los Reyes de España, esta Biblioteca es siempre un manantial para los eruditos (2). Alfonso XII, interesado y preocupado por los problemas de su patria, siguió el camino de sus predecesores. Por esa razón, al nombrar bibliotecario a Rozanski, le confió en el acto la misión de confeccionar un catálogo general y completo de los manuscritos, y, particularmente de los escritos en latín y lenguas vulgares. Tan gran importancia atribuía el rey a esa empresa, que dió la orden al nuevo bibliotecario, de "anteponerse¹⁰ a todos los trabajos de menor urgencia" (3).

No cabe duda que Alfonso XII encontró en Rozanski un ejecutor notable de sus planes. Erudito y dotado de viva inteligencia, el bibliotecario destacaba además por la infatigable laboriosidad y el amor al trabajo. Se sentía feliz de poder satisfacer el deseo del monarca y ayudar a la mejor divulgación de los tesoros de la biblioteca confiada a su cuidado. "La luz ha de salir de su encerrado círculo

-escribe al iniciar su tarea- y derramarse en todas partes. Los inmensos productos literarios no deben encanecer más tiempo en sus estantes, porque la humanidad de cuyo genio nacieron, tiene derecho de aprovecharlos" (4). Tal vez conviene recordar que en la misma época, la Real Academia de la Historia preconizaba ideas parecidas, decidiendo abrir sus archivos a los investigadores, porque -como dice C. Rosell- "son inútiles las riquezas cuando se esconden con mano avara" (5).

Dura tarea: "trabajas como un negro".

Al emprender la realización del catálogo proyectado, Rozanski no se rigió sólo por el interés que éste podía representar para la cultura en general. Quiso ante todo prestar un servicio a la cultura española y dejar un recuerdo valedero de su agradecimiento a España. "Si mi catálogo -escribe con evidente entusiasmo en el "Prólogo" de éste- puede abrir las puertas a mi noble y adoptiva patria a lo útil y desconocido hasta ahora, mi felicidad será completa (6).

El día 9 de julio de 1876 empezó pues Rozanski su trabajo "sólo, sin ayuda de nadie ni antecedentes escritos" -como dice- armado únicamente del optimismo y de la fe en la utilidad de su empresa, dedicada al rey y a todos los que quisieran beneficiarse de ella en el futuro. Con el deseo de ser "breve, claro, sencillito y útil", Rozanski dividió su catálogo en tres partes, habiendo logrado realizar las dos primeras: Parte histórica y Parte de correspondencia, conservadas en la Biblioteca de El Escorial en su forma manuscrita. La tercera, Parte de religión y Filosofía, así como un volumen titulado Prontuario general alfabético, no habían sobrepasado, según parece, el estado de proyecto.

Además de las materias tradicionales, el mencionado catálogo comprendía también tratados de medicina, geografía, poesía, ciencias exactas, etc. Al hojearlo, salta a la vista la amplitud y diversidad del trabajo llevado a cabo por un hombre solo y en relativamente poco tiempo, ya que entregó a la Intendencia Real la primera parte de su catálogo manuscrito, en diciembre de 1876 y la segunda dos años después (7). Haciendo caso omiso de las advertencias de sus amigos que le decían: "sacrificas los momentos de tu descanso y sosiego, trabajas como un negro, te vuelves ciego y ¿qué conseguirás?" (8). Rozanski siguió adelante. Bajo su supervisión fueron clasificados los manuscritos en lenguas vulgares en cantidad de 2.078 volúmenes que restaurados y

provistos de "un pequeño sello con la corona real y parrilla de S. Lorenzo Mártir", tenían que salvarse -como dice Rozanski- "de algún viaje sin pasaporte legítimo" (9). Con la ayuda eficaz de un destacado arabista y amigo, Francisco Fernández González, Rozanski examinó y clasificó también dos mil manuscritos árabes, muy deteriorados por el incendio de 1671, frecuentemente rotos, enmohecidos, transformados en una masa compacta y duros como madera o adheridos unos a otros. Tanto esos manuscritos como los demás, en latín, castellano, catalán, valenciano, provenzal, italiano, alemán, francés, pasaron por sus manos, habiéndolos separado, alisado, quitado las manchas y ordenado el mismo P. Félix, sin desechar ninguno, ni siquiera si se encontraba en un montón de desperdicios y basura.

Con respeto y cariño.

Es sorprendente el respetuoso amor profesado por Rozanski a estos vetustos testigos del pasado. Para él -como dice en su obra titulada: "Relación sumaria sobre los códices y manuscritos en El Escorial" /Madrid 1888/-, cada manuscrito era un individuo con la fecha de su origen, nacimiento e historia (10). Los trataba como si fueran seres racionales, perseguidos por la adversidad y que hubieran sufrido la decrepitud propia de la vejez. "Estos ancianos de centenares y también de miles de años de existencia, quedan mudos y guardan un impenetrable secreto sobre los viajes que hicieron desde el momento de su nacimiento; lo único que se puede arrancarles es su edad y no siempre en absoluto" (11).

En la "Relación" ya mencionada y que refleja tanto el afecto del autor a los manuscritos escurialenses como su amplia erudición histórica, Rozanski sigue el orden cronológico, dando al principio de cada siglo a que pertenecían los documentos, un breve compendio de los acontecimientos históricos y culturales en Europa. Así pues dedica, como polaco, un recuerdo al vasto mundo de los eslavos que, paganos aún en el s. IX, apenas si empezaban entonces "a oír algo de la luz evangélica" (12). Luego con especial interés penetra en los últimos siglos de la Edad Media, admirando los avances culturales de ese período. menciona la fundación de varias universidades en el siglo XIV, entre otras la de Cracovia /Polonia/ 1364, la más antigua en la Europa Central, después de la de Praga, 1348.

No todo lo medieval, pese al apego de Rozanski a esa época, provoca su entusiasmo. Critica con severidad, p.ej., la ignorancia del clero alemán en el s. XIV, una de las causas

-según su parecer- de la Reforma posterior, y se indigna ante las exageraciones de la moda femenina en los últimos años de la Edad Media.

Tampoco es de su agrado la victoria de la imprenta en el siglo XV, que al paralizar la confección de los maravillosos códices, ha obligado a los copistas, a pesar de sus reclamaciones, quejas y lágrimas, a enterrar su pluma. La frialdad del nuevo invento "este absoluto y poderosísimo monarca" (13), aniquiló el encanto personal del arte de los manuscritos y redujo lamentablemente su número en El Escorial. Una vez más, y con ternura quizás esclava, expresa Rozanski su profundo amor a las cosas del pasado: "¡Pobres pergaminos viejos!. Mirándoos, habláis al corazón tan misteriosamente y a pesar de ser cadáveres, vuestra voz dulce dice a vuestros amadores: soy quien soy -muerto, sin embargo vivo y viviré. ¡Oh venerable antigüedad...; cuánto te admiro;" (14).

Algunas satisfacciones.

A las aulas escurialenses, sombrías y frecuentemente glaciales donde permanecía Rozanski, acudían eruditos de todo Europa, incluso de Polonia y Rusia. El P. Félix seguía con vivo interés y simpatía la abnegada labor de esos hombres, cuando sentados en las pesadas mesas de la sala de lectura, mal alumbrada por las ventanas que daban al Patio de los Reyes, se entregaban al estudio de los documentos. Veía con íntima satisfacción como consultaban y apreciaban los catálogos redactados por él, reconociendo su eficacia. Pero disfrutaba sobre todo con las preguntas que le hacían los investigadores. Su inquietud y entrega incondicional a la ciencia animaban a Rozanski y le sostenían en su cargo de bibliotecario, "difícil, delicado y espinoso" (15) que tan poca gente sabía comprender y apreciar. El entusiasmo del P. Félix por la cultura y sus buenas relaciones con los estudiosos, eran observados sin ser compartidos por algunos compañeros suyos que al no comprenderlo, interpretaban torcidamente el sacrificio y el celo del bibliotecario. Frente a esa incomprensión, tanto más destacaba la actitud de los extranjeros que habiendo recurrido a la Biblioteca Laurentina en sus trabajos, dejaron el testimonio de su satisfacción y agradecimiento a Rozanski. Algunos rindieron homenaje a la eficiencia profesional y simpatía personal del bibliotecario polaco, presentándole incluso como modelo digno de imitación. Otros glosaron su conocimiento de idiomas y su ayuda competente a los investigadores enfrentados con las dificultades características en los archivos y bibliotecas.

El francés Charles Graux, helenista y paleólogo, autor de uno de los mejores catálogos de códices griegos, publicado en París en 1880, reconoció en Rozanski cualidades de bibliotecario "verdaderamente experto, sin cuya ayuda desinteresada, su catálogo no hubiera llegado a buen fin. "No puedo seguir adelante -dice por su parte el conocido filólogo Otto Hanse- sin expresar mi más sincero agradecimiento al excelente experto en Lenguas, D. Félix Rozanski, por su excepcional afabilidad y deseos de ayudar. La serena cordialidad de este hombre y su ejemplar entusiasmo por el trabajo, me permitían olvidar las rudas condiciones de la sala de lectura en El Escorial, con su frío y oscuridad" (16). Otro investigador Paul Ewald que trabajó en El Escorial en los años 1878/9, tenía a Rozanski por modelo de bibliotecarios y consideraba como sumamente útil su extenso catálogo de manuscritos escurialenses, dispuestos por orden de materias.

Otras ocupaciones.

Además de las cualidades de bibliotecario, Rozanski poseía también, según parece, el don de la administración. Por la módica suma de 30.000 reales que supo conseguir, restauró parcialmente y antes que todo, el salón principal de la Real Biblioteca, colocando una estantería nueva, ya que la antigua había quedado seriamente averiada por el fuego de 1671. En otra de sus intervenciones administrativas, el P. Félix se enfrentó con el problema del frío, enemigo personal suyo. Hijo de Polonia, país de inviernos rigurosos pero dotado de viviendas bien acondicionadas, Rozanski sufría mucho por el ambiente helado del pétreo Monasterio, donde él y su único ayudante, "ambos con las manos hinchadas de frío" (17), tenían que manejar incontables volúmenes de códices y manuscritos. El frío ahuyentaba también a los investigadores, sobre todo extranjeros, que no podían trabajar en una biblioteca desprovista, aparte de un ineficaz brasero, de cualquier fuente de calor. Para paliar esta incomodidad, Rozanski tuvo la feliz idea de transformar la sala llamada "celda de Juanelo", /destinada hasta entonces a las obras puestas en el índice/, en una acogedora sala de estudio. Con este fin y después de trasladar las obras prohibidas a otro sitio, ordenó colocar en dicha "celda de Juanelo" no sólo un entarimado de madera, sino también una estufa, "tal como existe hoy día" (18), según dice en una nota posterior.

Asimismo, tramitó Rozanski el asunto de 5.000 volúmenes de la Biblioteca del Seminario que fundada por el arzobispo Antonio Claret, permanecía abandonada y carente -como indica

Rozanski- de "la más ligera lista de su contenido" (19). Tanto el catálogo de esta colección, como su incorporación a la Biblioteca Principal por una orden real, corrieron a cargo del bibliotecario polaco.

Con todo esto y atendiendo a numerosas obligaciones /p. ej., clases de francés que daba gratuitamente en el Colegio Real de El Escorial/ tenía que hilar delgado, para no exceder de la modesta suma de 75 pesetas mensuales que recibía no sólo para los gastos de encuadernación y restauración de los manuscritos, sino también para el abono de algunas revistas profesionales indispensables.

Desavenencias y amistades.

No tenía el bibliotecario muchos ratos de ocio. El creciente interés por la historia contribuía a cada vez mayor afluencia de estudiosos, mientras aumentaban también las consultas por escrito de todos los que, tanto españoles como numerosos extranjeros, no podían acudir personalmente a El Escorial. En sólo dos años -según Rozanski- se estudiaron, resolvieron y contestaron asuntos referentes a más de 2.500 volúmenes de manuscritos (20). El personal de la Biblioteca, sin embargo, destinado a esos quehaceres, estaba reducido al mínimo y constaba sólo de dos personas: el jefe o sea el P. Félix y un dependiente. Este, por no haber otra persona para atender al público que venía a visitar la Biblioteca Principal, estaba casi siempre ocupado, de manera que todas las demás obligaciones recaían sobre el bibliotecario. Era pues de hecho -como lo menciona- "jefe, corresponsal, consultor, servidor y criado" (21), que tenía que buscar y luego colocar personalmente las obras pedidas por los interesados.

Pese a los inconvenientes, el P. Félix no se quejó nunca del exceso de trabajo que en realidad le encantaba. La preocupación y el disgusto que manifestaría una vez abandonado El Escorial, tenían causas muy distintas aunque frecuentes: la hostilidad, tanto de los demás compañeros, como de los que pretendían ocupar su puesto. "No me faltaron numerosos detractores -escribe con amargura años después- que llevaron mi nombre al periodismo y que me son perfectamente conocidos. Unos querían pulverizarme por no haber podido servirse de mí a su gusto y capricho. Otros, a pesar del trato que tenían conmigo y me llamaban su estimado amigo, detrás censuraban mi carácter de insociable, intratable, agrio, etc., y esto en lugares en que, aunque sus censuras indignas fuesen en todo o en parte verdad,

debían guardar silencio y prudente reserva. éstos buscaban mi desprestigio y alcanzaron, hasta cierto punto, sus deseos" (22). Pese al sinsabor y desconsuelo que se desprenden de estas palabras, Rozanski silenció con discreción los nombres de sus enemigos.

No procedió, sin embargo, del mismo modo con las personas de cuya amistad y protección se sentía orgulloso. Los amigos que menciona, eran todos miembros de las Academias, muy conocidos en el mundo de la cultura y política de entonces. Entre ellos figuran personajes como Aureliano Guerra y Orbe, literato y pintor, miembro de la Academia Española. Antonio Fabié y Escudero, diputado por Sevilla, autor de la "Ley Maestra", académico de las de Lengua y de Historia, Francisco Fernández González, arabista, académico también y maestro que ha formado muchos arabistas posteriores y al que Rozanski guardaba un profundo agradecimiento. Francisco Codera y Zaidín, otro arabista, catedrático y más tarde miembro de dos Academias. Puede ser que la figura más afín a la labor y aficiones de Rozanski, fuese la del P. Fidel Fita y Colomer, conocido jesuita catalán. Erudito excepcional, miembro de número y más tarde director de la Academia de la Historia, el P. Fidel, para quien las lenguas clásicas, el hebreo y el vasco no tenían secretos, destacó como investigador incansable de los documentos eclesiásticos medievales. Tanto el P. Fita como los demás aquí mencionados, distinguieron a Rozanski con su amistad y respeto.

Traducir para acercar.

Entre la plena dedicación a su trabajo y la preocupación por el acomodo y ordenamiento de la Biblioteca, Rozanski supo encontrar tiempo para traducir al español una obra del historiador polaco Ksawery Liske /1838-91/, fundador de una nueva escuela histórica en Polonia. Partidario del acercamiento entre los pueblos, Liske reunió en una obra suya algunas crónicas, dejadas por los viajeros polacos y otros que habían visitado España entre los siglos XV y XVII. Al encargarse de la versión española, Rozanski correspondía al deseo de Liske que quería dar a conocer esos datos inéditos referentes a la historia de España y conservados hasta entonces en los archivos polacos. Liske tenía la esperanza de que su aportación serviría de provecho "aunque fuese pequeño" -como dice- a la historiografía española" (24).

Gracias a la amabilidad del P. Teodoro Alonso, archivero en la Real Biblioteca de El Escorial, he podido hojear el manuscrito polaco de Liske y descifrar su empalidecida letra de hace más de cien años. Antes que yo, se había inclinado sobre esas páginas, su traductor el P. Rozanski, durante muchas noches y hurtando ratos al sueño. Bajo el título: "Viajes de extranjeros por España y Portugal, en los siglos XV, XVI, XVII", publicó esta traducción, supongo que a sus expensas, en Madrid, 1878, ocultando con modestia su identidad de traductor bajo las simples iniciales. F.R.

Entre los viajes que contiene la obra de Liske, descuellan las cartas de Juan Dantisco /1485-1545/, durante varios años embajador del rey polaco Segismundo I Jagellón, en la corte española de Carlos V. Culto, inteligente y de lengua mordaz, adicto a Erasmo y amigo de los hermanos Valdés, de Diego Gracián de Alderete, de Hernán Cortés y, más tarde, después de su vuelta a Polonia, de Nicolás Copérnico, Dantisco ha dejado una sorprendente y verosímil visión de la España Renacentista. Escritas en latín y dirigidas al rey de Polonia y otras personalidades, sus cartas contienen infinidad de detalles inéditos y observaciones perspicaces sobre la corte y la política del emperador. Desconocidas durante mucho tiempo en España, han servido y sirven frecuentemente de referencia a los historiadores españoles contemporáneos. Félix Rozanski tuvo el mérito de publicar esta casi anónima versión en castellano, de tan valiosos documentos. Tradujo también, esta vez al polaco, las cartas de Pedro Ronquillo, embajador de España en Polonia en el siglo XVII.

Un intento frustrado.

No obstante y pese a las buenas intenciones y la incansable labor del P. Félix, las cosas de su trabajo se complicaban y los disgustos diarios iban en aumento. "Lo que trastornaba más este servicio de esfuerzos -dice Rozanski- fué el deplorable sistema de otorgar licencias por la Real Intendencia sin límites, de que aprovechándose la gente, pedía obras tras obras, y sin escuchar razones en estos casos, se me contestaba: "estoy en mi derecho de pedir lo que me conviene". De allí se originaron vejaciones, abusos, amenazas insolentes y groseras como la de "limpiar el comedero", y luego quejas a la superioridad, y calumnias hasta en los periódicos. No habiendo servicio suficiente, cada uno quiso andar por la Biblioteca como por su casa" (26).

No menos desafortunado fué Rozanski en sus varias peticiones destinadas a mejorar los servicios de la Biblioteca: pocas dieron resultado. No llegó a conseguir una estantería nueva para los manuscritos ni tampoco se le permitió -como dice- "poner otro suelo y quitar el de ladrillos de mala calidad que desprendía polvo rojo y perdía los libros" (27).

Pero lo que más le debió afectar, fué el silencio y la indiferencia en que había caído su proyecto de un reglamento nuevo de la Biblioteca de El Escorial, cuidadosamente preparado. La redacción del texto de este reglamento fué discutida y luego encargada a Rozanski por la junta que se reunió en el archivo del rey y por la orden de éste, el 27 de mayo de 1876. Esta junta, además del P. Félix comprendía a D. Manuel Zarco del Valle, bibliotecario particular de Alfonso XII y a D. José Güemes, archivero general de la Real Casa.

Al lado de los artículos indispensables en el reglamento de una biblioteca, Rozanski apuntó una serie de observaciones en las márgenes del mismo, interesantes y características por las opiniones y el temperamento del autor. A través de su proyecto aparece el P. Félix como un monárquico adicto y convencido. "La Biblioteca de El Escorial -dice- una de las más preciosas alhajas de la Corona", ha de quedar siempre bajo la protección directa del rey sin que pueda intervenir un ministro cualquiera, ya que "en nuestros días más que antes", inclinándose las voluntades a despojar la Corona de sus propiedades, es menester precaverse de sus atentados" (28).

El bibliotecario -según el proyecto de Rozanski- había de ser sacerdote. "Además debe saber por sus estudios y fuera de los conocimientos indispensables de su importante encargo, a lo menos una de cada lengua de los tres principales idiomas antiguos de Europa, es decir: del romano, germánico y eslavo, y, además, el latín y algún conocimiento de lenguas orientales" (29). Al mismo tiempo apunta Rozanski que la Biblioteca de El Escorial es pobre "en la literatura germánica y no posee nada de la eslava que está civilizando la Rusia y penetra en el Oriente; atribuye ésto -añade- a la falta de conocimientos de lenguas en los Bibliotecarios de este Real Sitio (30).

Encuentra indispensable que cada bibliotecario en funciones presente a la Superioridad una relación semestral de las entradas de nuevas obras para obligarle a ponerlas en orden y a "no dejarlas, como lo encontré -añade- a la buena de Dios". La dependencia de la Biblioteca Escorialense "tanto de la Real de Madrid como del presidente de la Real Capilla

de este Monasterio, no dió buenos resultados esperados, le faltaba, parece, la cabeza del centro de la administración principal, y cayó en desorden" (31).

Por extraño que pueda parecer, la Biblioteca de El Escorial, hasta la llegada de Rozanski, no disponía de un portero. "Éso es precisamente -sigue el P. Félix- lo que falta aquí, y, sin embargo, hay un cuarto para el Portero de la Biblioteca". Y, recordando este detalle, Rozanski se pone a enumerar en un rápido y pintoresco relato, todos los contratiempos que han sido su pan de cada día: "la gente se pasea por todas las galerías, llama, golpea a las puertas de la Biblioteca, quita de ellas los avisos, escribe encima indecencias e insultos y si no estoy presente para la custodia, hasta encuentro basuras. Sería muy conveniente -dice- de cortar el paso a la Biblioteca cuando esté cerrada, con una parrilla de madera en medio de la galería; poco costaría esta obra y se salvaría la hermosa obra de la puerta" (32).

En su celo de defensor de la Biblioteca contra la indiscreción de los curiosos y mal educados, invoca también la situación geográfica de El Escorial, recordando que en invierno "baja el sol detrás de las montañas y la Biblioteca queda a oscuras" (33). Conviene pues en este período del año, cerrarla a las tres de la tarde. Asimismo, la sección de los manuscritos debería quedar fuera del alcance de los visitantes. "Como no representa nada a la curiosidad y como está apartada mucho de la principal, me parece prudente -dice- de no permitir reconocer sus entradas y salidas a nadie" (34).

No cabe duda que estas notas y proposiciones del P. Félix, muy justas en teoría, debieron molestar e irritar a muchas personas acostumbradas a andar por la Real Biblioteca como por su casa. El hecho de que el reglamento, pese a su calidad, no fuera puesto en práctica, es significativo y hace suponer un sentimiento de hostilidad o quizás de envidia, que en muchas ocasiones frenaba las iniciativas de Rozanski. La suposición queda confirmada por la nota añadida más tarde al primer folio de dicho Proyecto de Reglamento y que reza: "Después de celebrada la primera Junta a que se refiere este proyecto de Reglamento, por la comisión nombrada en Real Orden de 1 de mayo de 1876, no ha vuelto a reunirse, sin duda por haber dispuesto otra cosa el Bibliotecario de S.M., quedando este asunto sin tramitación ulterior" (35). El mismo autor del Proyecto no se enteró nunca porque se había frustrado su iniciativa, pero se sintió profundamente dolorido.

Sólo un año antes de jubilarse Rozanski y abandonar El Escorial, se le acordó por fin el aumento del personal de servicio, en "un portero inútil y un celador" -como dice irónicamente (D. Félix- (36), pero sin promulgar el reglamento nuevo, lo que no llegó a cambiar en absoluto el "status quo". Por el contrario, los nuevos empleados, recomendados por los competidores del bibliotecario polaco, no sólo trabajaban a disgusto bajo sus órdenes, sino que colaboraban eficazmente en su desprestigio personal. Como se puede ver, los ánimos, pese a la tranquilidad relativa del período en el que Rozanski había trabajado en El Escorial, no tenían nada de pacíficos. La envidia y el odio mutuo levantaban la cabeza con cualquier ocasión, incluso en las vetustas bibliotecas cuyo ambiente de concentración y silencio parecía indicado para fortalecer los espíritus y hacerlos inmunes ante las contrariedades de la vida.

Las observaciones y críticas de Rozanski resultan, sin embargo, anodinas si se las compara, p.ej., con las de Manuel Torres Campos, publicadas en la "Revista Contemporánea" /enero de 1877/. Su célebre artículo, titulado "Bibliotecas Nacionales", que juzgaron ofensivo los bibliotecarios de la Nacional, suscitó protestaciones, aclaraciones y polémica, mientras el Proyecto del P. Félix fué abandonado en silencio.

Los pocos españoles que mencionaron a Rozanski en sus trabajos referentes a la Real de El Escorial, enjuiciaron su labor sin mayor interés, considerándole como uno de esos bibliotecarios que con más o menos suerte examinaban y organizaban los inagotables tesoros del Monasterio. El esfuerzo emprendido por Rozanski en compañía del gran arabista Fernández González, para clasificar y salvar, p.ej., un gran número de manuscritos árabes, abandonados a su suerte durante siglos, fué juzgado por los críticos de nuestro bibliotecario como fruto de buena voluntad más bien que de sus conocimientos. Varios años después de la muerte del P. Félix, Francisco Codera Zaidín acusó, sin señalar los nombres, a todos los bibliotecarios "más celosos que discretos, quienes -como dice- tuvieron la fatal idea de encuadernar de nuevo los libros estropeados, que vistieron con encuadernaciones lujosas a veces, y siempre funestas para los manuscritos" (37). ¿Podrían estas palabras referirse también a Rozanski?. No lo parece, ya que éste nunca disponía de fondos suficientes para encuadernaciones lujosas. Las que menciona el mismo, eran sencillísimas, seguramente aprobadas por Francisco Fernández y González, a cuyo profundo conocimiento del árabe, tenía recurso el P. Félix. Codera, por su parte, acompañado de su discípulo Julián Ribera /más tarde catedrático de árabe en la Universidad de Zaragoza/ y autorizado por Rozanski, intentó también ordenar las hojas sueltas de dichos manuscritos,

sirviéndose de un sistema de su invención: "Comenzamos - explica Codera- por examinar uno a uno los legajos de hojas sueltas, y de acuerdo con el bibliotecario Sr. Rozanski, de lo existente de cada legajo pusimos en diferente carpeta..." (38). ¿Lo habrán terminado?

Adiós a El Escorial.

Cuando corría el año 1884, noveno y último de los dedicados a la Real Biblioteca de El Escorial por el P. Félix, con la fecha del 27 de mayo de dicho año, éste, vista su edad, recibió la orden real de abandonar el Monasterio de San Lorenzo y dirigirse a Tarragona, con destino a la catedral de esta ciudad. No debía encantarle esta decisión real, puesto que tardó más de medio año antes de presentarse en Cataluña. Lógicamente se podía suponer que después de los duros inviernos de la Sierra del Guadarrama, el suave clima mediterráneo y la presencia de los monumentos de la antigüedad que tanto estimaba, aparecieran a Rozanski, hombre entrado en años, como un ambiente feliz y deseable para el final de una vida bastante agitada. No obstante no fué así. El encuentro con la bella y soleada capital catalana le llenó de amargura, pareciéndole un lugar de destierro definitivo. Desde el primer momento le embargó la nostalgia del severo ambiente de El Escorial, de su dura pero tan apasionante labor de bibliotecario y del continuo contacto con el mundo intelectual de España y Europa.

"Tarragona es una plaza desierta -escribe- se desconoce aquí el menor movimiento literario. La Biblioteca Provincial, compuesta de los restos teológicos de los conventos suprimidos, no posee siquiera "La España Sagrada" (38). Abandonado a sí mismo, y sintiéndose extraño en el área de la lengua catalana que probablemente no hablara, volvía en el pensamiento al recuerdo de esos nueve años de convivencia con una de las más prestigiosas bibliotecas europeas, y echaba de menos a aquellos eruditos de España y otros países que le habían tratado con simpatía y comprensión.

Según los escasos datos que he recogido en Madrid en las obras de Julián Zarco Cuevas y de Guillermo Antolín y Pajares, Rozanski fué nombrado canónigo en la catedral de Tarragona. Pero cuando he confrontado dicha información con los documentos "in situ", o sea en el archivo de la catedral tarraconense, el resultado de mi investigación fué distinto. Rozanski no fué canónigo, sino beneficiado de la catedral, lo que significa que en la jerarquía eclesiástica estaba por debajo de los canónigos. A los beneficiados que tenían que

cumplir una serie de condiciones indispensables, tales como: ser varones, cristianos, solteros y eclesiásticos, se les exigía también una edad correspondiente, un nombramiento de la superioridad adecuada y la ciudadanía española. El polaco debía cumplir todas estas condiciones, habiendo recibido la nacionalidad española junto con su nombramiento. De todos modos, el beneficio del P. Félix fué una distinción, debida seguramente a sus méritos demostrados en El Escorial y también, tal vez, a la influencia de su amigo catalán, el P. Fita y Colomer.

Rozanski tomó posesión de su beneficio el 20 de diciembre de 1884, después de jurar obediencia y fidelidad a las autoridades eclesiásticas, y comprometiéndose a estar presente en todos los oficios y oraciones diarias de los canónigos en el coro. Estaba conforme con todo, menos con la obligación de permanecer constantemente en Tarragona. Acostumbrado a una vida activa y a la proximidad de Madrid, se amoldaba difícilmente a la monotonía provinciana de la Cataluña de entonces. Tal vez por éso o por la necesidad innata de actividad, se ocupaba voluntariamente de la Biblioteca Provincial, cuyas reservas y posibilidades motivaban sus quejas.

Un hallazgo.

En la mencionada Biblioteca Provincial de Tarragona, dotada actualmente de un extenso acopio de libros y ubicada en un edificio distinto del de 1884, tuve la sorpresa de encontrar dos obras del P. Félix, escritas en polaco y depositadas allí, como es de suponer, después de la muerte de su autor. Parece que durante casi un siglo de su permanencia en la biblioteca tarragonense, estos libros no habían encontrado lector alguno que comprendiera la lengua polaca, a excepción de polillas que labraron sus hojas con minúsculas e intrincadas galerías. Una de esas obras en dos tomos, publicada en París en 1864, lleva por título "La religión de los antiguos israelitas, sus hábitos y costumbres". Según la intención del autor, la obra debía constituir la primera parte de un gran estudio sobre varias religiones antiguas de la humanidad, proyecto que prueba los amplios conocimientos de Rozanski en el campo historiográfico. Que la historia ha sido la disciplina preferida del P. Félix, lo confirma también el lema colocado al principio del libro mencionado: "El pasado es la mejor enseñanza para nosotros", así como el contenido de otra obra que igualmente he encontrado en Tarragona. Se trata esta vez de la traducción al polaco de un manuscrito español de El Escorial, del s. XVI, titulado "Expedición a Hungría de Bernardo Aldana, general de la

caballería española en los años 1548-56". Este largo relato, traducido por Rozanski y publicado en Cracovia /Polonia/ en 1881, resultó ser de gran interés para los historiadores polacos, ya que se refería parcialmente a Polonia y sus relaciones con los reinos vecinos en la época del mayor poder de este país en el s.XVI. Bernardo Aldana que por orden de Carlos V había tomado parte activa en todas las pretensiones dinásticas hispano-austro-húngaro-polacas, se daba perfecta cuenta no sólo de las intrigas políticas centroeuropeas, sino también del peligro turco que amenazaba tanto los intereses de Carlos V y de su hermano Fernando, entonces rey de Hungría, como mucho más directamente, los de Polonia. Al publicar esta vez su traducción, el P. Félix, sin ocultar su identidad bajo unas iniciales, puso la siguiente nota en su trabajo: "tradujo y editó del original español el P. Félix Rozanski, director de la Real Biblioteca de El Escorial".

No tenemos datos anecdóticos ni noticias precisas sobre el modo de vivir de Rozanski en Tarragona, como tampoco sabemos nada acerca de los amigos que pudiera tener en la antigua capital romana. De las obras que tal vez estuviera allí preparando, sólo conocemos la mencionada "Relación sumaria", escrita en Tarragona y publicada en Madrid en 1888.

Según he podido deducir de los breves apuntes que existen en la catedral de Tarragona y que me ha proporcionado amablemente su canónigo-archivero, el P. Ramón Salvador, Félix Rozanski dejó entre los últimos compañeros de su vida, el recuerdo de un hombre tranquilo, ponderado y bien intencionado para con los demás, y sobre todo muy laborioso. La muerte por un paro cardíaco le sobrevino durante un servicio religioso en la catedral, el 20 de mayo de 1891, en medio de la bella primavera mediterránea. Está enterrado en el sepulcro colectivo de los beneficiados en el cementerio municipal de la antigua Tarraco.

Conclusión.

Las opiniones acerca de la labor de Félix Rozanski en El Escorial no han sido, como hemos visto, unánimes. Muy apreciado por los investigadores extranjeros y también españoles /p. ej., J. Villaamil (37), tuvo que sufrir las críticas de algunos de sus colaboradores o rivales en la dirección de la Biblioteca. Hay que subrayar, sin embargo, que en contra de la inquina de los envidiosos, supo conseguir la amistad de muchos españoles ilustres de su época. También la Academia de la Historia de Madrid

reconoció sus méritos, admitiéndole en su seno /1882/, como miembro correspondiente.

A pesar de las imperfecciones de orden profesional que se le han reprochado, no cabe duda que Rozanski realizó en El Escorial una amplia y provechosa labor, cuyas huellas persisten hasta ahora. Todo lo que ha hecho, su trabajo diario en la Biblioteca, los catálogos y reglamentos, las iniciativas reformadoras en cuanto a la organización y comodidad, las preocupaciones de orden artístico y el verdadero cariño hacia el tesoro nacional de El Escorial, prueban su entusiasmo y laboriosidad, dignos de encomio y carentes de indiferencia o pusilanimidad. Era uno de esos polacos cultos que expatriados de su país en el revuelto siglo XIX, tomaron parte activa en la vida intelectual del Occidente. Deseoso de bien servir a España, su patria adoptiva, Rozanski colaboró intensamente en la obra de su renovación cultural.

Me figuro la alegría con la que Rozanski hubiera aplaudido las "Normas de Acceso", promulgadas por la dirección de la Biblioteca Nacional de Madrid en verano de 1987, y reclamadas por él hace exactamente cien años, para acabar con el desorden y otros males de las ilustres y admiradas "Academias de la Nación".

Por otra parte, al ser un ferviente partidario de la convivencia pacífica entre los pueblos, Félix Rozanski se esforzó, sirviéndose de los medios que tenía a su alcance, a colaborar en el acercamiento entre España y Polonia. No cabe duda que, entre otras, fué gracias a su mediación que los polacos sin que su patria existiera como país independiente, pudieron tomar parte en el homenaje tributado en Madrid a Pedro Calderón de la Barca en 1881.

Y, aunque en esta ocasión el entusiástico poema de Platón Kostecki de la Universidad de Lvov, escrito en polaco y acompañado de una versión en francés, no había recibido el primer premio, quedó en los archivos de la Biblioteca Nacional de Madrid como testimonio harto expresivo de la veneración que han sentido siempre los polacos hacia la figura del gran autor de "La vida es sueño", con su poderoso aunque fantástico ambiente polaco.

NOTAS

- 1.- Félix Rozanski: Relación sumaria de los códices y manuscritos en El Escorial. Madrid 11888, p.4.
- 2.- Catálogo general de los manuscritos de lenguas vulgares de la Real Biblioteca de El Escorial. Ia. parte, Prólogo Mss, 1877.
- 3.- ídem.
- 4.- ídem.
- 5.- C. Rosell. Noticia de las actas de la RAH, 25 de junio de 1876, p. III.
- 6.- Catálogo general... Prólogo.
- 7.- Relación sumaria... p. 7.
- 8.- ídem., p.8.
- 9.- ídem., p. 12.
- 10.- ídem., p. 12.
- 11.- ídem., p.17.
- 12.- ídem.
- 13.- ídem., p. 83.
- 14.- ídem., p.83.
- 15.- ídem., p. 3.
- 16.- ídem, p.1. /en alemán/.
- 17.- ídem., p. 92 /Nota 2/.
- 18.- ídem., p. 92 /Nota 3 en p. 94/.
- 19.- ídem., p. 92 /Nota 3/.
- 20.- ídem., p. 92 /Nota 3/.
- 21.- ídem., p. 92 /Nota 3 en p. 93/.
- 22.- ídem., p. 92 /Notas/.
- 23.- ídem., p. 3.

- 24.- Ksawery Liske: Introducción a su manuscrito de: Extranjeros en España en los siglos XV, XVI, XVII. Mss en polaco, en la Biblioteca de El Escorial.
- 25.- idem.
- 26.- Félix Rozanski: Relación sumaria de los códices y manuscritos en El Escorial, p. 93 /Nota 3/.
- 27.- idem. p. 94 /Nota 3/.
- 28 y los siguientes hasta 33 inclusive, se encuentran en Félix Rozanski: Materiales concretados bajo el título: Proyecto de Reglamento para la Real Biblioteca de S. Lorenzo de El Escorial, legajo 428, Mss en el Archivo de la Biblioteca del Palacio Real, Madrid.
- 34.- Félix Rozanski: Relación sumaria... p. 93 /Nota 3/.
- 35.- Francisco Codera Zaidín: Manuscritos árabes del Escorial en: Boletín de la RAH, diciembre de 1898, T. 33, p. 466.
- 36.- idem., p. 469.
- 37.- F. Rozanski: Relación sumaria, p. 7 /Nota 2/.
- 38.- J. Villaamil y Castro: "Códices jurídicos de la Biblioteca de El Escorial". Artículo publicado en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 31 de enero de 1883 en que, después de una visita en la RBE dice: "debo manifestar que he sido tratado con fina cortesía por el sacerdote polaco a quien S.M. ha confiado la guarda de aquel copiosísimo tesoro bibliográfico-diplomático, p. 38.
- 39.- Acta de defunción de Félix Rozanski, del 20 de mayo de 1891. Libro de defunciones del Archivo de la Catedral de Tarragona. Tomo X, fol. 248 /vuelta/.